

filósofo y avivando el fuego de su pipa: lo que fuimos ayer no lo seremos mañana.

En aquel momento apareció un nuevo personaje, que sin ser visto se acercó por la espalda de María, y mirando el retrato exclamó:

—¡Bravo, Manuel! ¡Está exactísimo! Este retrato será una de tus obras maestras.

Quien así hablaba era el médico D. Modesto Antunez.

—Buenas tardes, D. Modesto, dijo la tía Morella.

—¡Hola, doctor! ¿Tú por aquí? preguntó Navarro: ¿quién te trae?

—Mis enfermos, contestó el doctor.

—¿Y el Sabueso cómo está? interrogó la veterana.

—Supongo que bien, puesto que no le he encontrado en casa.

La tía Morella dió un salto en su asiento.

—¿Que no está en casa?... ¡Cómo!... ¿Ha salido de día?... Algo extraordinario debe ocurrir... Voy allá corriendo. Hasta despues, D. Modesto y la compañía.

Y la tía Morella salió del bodegon, ligera como si solo tuviese quince años, y sin oír al médico Antunez que exclamaba:

—¡Es la vieja más admirable que he conocido!

ningún y del mismo que el anterior, en el que se veía un hombre de una estatura mediana, con el pelo negro y los ojos azules, y una nariz que parecía haberse partido en dos. Y a su lado, en un ángulo de la habitación, se veía un hombre de una estatura mediana, con el pelo negro y los ojos azules, y una nariz que parecía haberse partido en dos.

II.

Los ciento cincuenta y cinco padres.

Antunez y Navarro quedaron solos.

Ambos tenían una misma edad, y en los semblantes de los dos se percibía claramente ese no sé qué misterioso que revela a los hombres superiores por su inteligencia; a los seres que forman esa especie de aristocracia que se llama del talento, cuyos preciados timbres ni se conquistan ni se compran: solo de Dios se pueden adquirir.

Y, en efecto, Navarro y Antunez, el uno en el arte y el otro en la ciencia, debían llegar a ser hombres notables.

A juzgar por el aspecto de los dos, en los momentos en que vamos a escucharlos, es preciso convenir en que la ciencia aventaja al arte en buenos resultados para las comodidades de la vida.

Ya creo haber dicho, y si así no fuera lo diré ahora,

CABALLA ALGONSIÑA

que el pintor era un joven de elegantes modales y figura distinguida: en cuanto al médico no tenía por qué envidiar á su amigo estas condiciones del hombre de buena sociedad, y á mayor abundamiento, su traje, la cadena de su reloj y la rica botonadura que lucía en su pecho demostraban cierto lujo que Navarro no se podía permitir.

Todo el esmero, toda la exquisita pulcritud del pobre pintor no bastaban á ocultar, como él deseaba, el estado de su ropa, que iba siendo poco satisfactorio.

Verdad es que entre la pintura y la medicina no hay términos de comparación.

Por cada un Apeles que logra hacer fortuna, hay cien Galenos que encuentran en la opulencia el premio de su trabajo.

Y es que sin la pintura se pasan muchos que la debieran proteger, mientras que de la medicina todos necesitamos, y aun muchos que no la necesitan usan de ella sin cesar.

—Perfectamente, mi querido Modesto, decía Navarro á su amigo, el cambio de fortuna no te ha hecho olvidar á tu antigua clientela.

—¿Cómo quieres que la olvide? Estos desgraciados fueron los primeros á distinguirme fiándose de mi escaso saber.

—En ellos adquiristes tu gran práctica; verdad es que los asistias de balde, y váyase lo uno por lo otro.

—Yo era pobre y me consagré á ser médico de los pobres. Por gratitud pregonaban mis curas y ensalzaban el nombre de su doctor...

—Nombre que es ahora el de una verdadera celebridad. Has llegado á ser el niño mimado de la ciencia, y hoy todo Madrid te busca... A propósito de que te buscan: ¿has estado á visitar á la señora de Ferreira?

—No, hace ya días que no la veo.

Navarro fijó en Antunez una maliciosa mirada.

—Pues es lástima que la descuides. Yo te presenté en su casa, que te ha valido muy buenas relaciones, diciendo á la encantadora Adela que eras un modelo de asiduidad.

—Y no la engañastes. Cuando soy necesario nunca faltó á mi deber.

—¡Qué bobería! No es de eso de lo que se trata. Adela es joven y bella, padece de los nervios, tú descubristes que su enfermedad la originaba el hastío, y la recetastes paseos y distracciones. El Sr. de Ferreira, que es el americano más rico y más honachon que he conocido, satisface los caprichos más extravagantes de su esposa, y en este momento, Dios se lo tome en cuenta, apoya los deseos de su Adela, que quiere tenerle á su lado constantemente. Eres hombre afortunado y vas á inspirar muchas envidias.

—Te engañas de medio á medio, Manolo; yo no soy el amante de Adela.

—¿Y quién ha dicho eso?

—Conozco que es hermosa, y, seré franco contigo, me parece que no le soy indiferente.

—Gracias á Dios que confiesas...

—No confieso nada, ni tengo qué confesar. Ha ha-

CABALLA ALEONSIANA

hido ocasiones en que he creído que amaba á esa mujer...

—¡Ah! Pues si tú lo has creído...

—Me engañaba.

—¿Y la hicistes á ella partícipe de tu engaño?

—Nunca la he hablado de amor, y tú, que me conoces bien, no lo debes extrañar. Sería indigno de mí cortejar á la esposa de un hombre que me tiende la mano de amigo. Además, esos amores, que es preciso guardar como un crimen, porque realmente lo son ó que se publican haciendo alardes de impudencia y procacidad, créeme, amigo mío, son amores que nacen de la vanidad ó del capricho, pero nunca del corazón.

—Filosófás que da gusto oírte.

—Te digo lo que siento.

—Enhorabuena; pero, créeme, Adela no tiene esos pensamientos de rancio moralista, y dificultó que por ese camino logres apagar su pasión.

—Hay un medio muy sencillo para extinguirla.

—¿Cuál?

—No volver á verla.

—Precisamente vas á hacer todo lo contrario. Juego en ello mi vida.

—Antunez se sonrió.

—No, no te rías, repuso Navarro; la cosa es más seria de lo que puedes figurarte.

—Explicate.

—Adela no piensa más que en tí, y no teniéndote á su lado, y no pudiendo hablar constantemente á su marido del doctor Antunez, me manda llamar todos los días

para quejarse de tu abandono y tu indiferencia. Cuando me recibe prohíbe terminantemente que vengan á interrumpirnos, y el Sr. Ferreira, que ha llegado á apercibirse de estas frecuentes entrevistas, está más celoso que Otelo, y celoso de mí, de mí, cuyo papel en este asunto no es muy airoso que digamos. Ahora bien, ¿crees difícil, si esto sigue, que el Sr. Ferreira, ciego, como lo son todos los maridos, procure vengar soñados ultrajes proponiéndome un desafío?

—¿Qué cosas te se ocurren! exclamó riendo el doctor.

—Cosas que muy fácilmente pueden suceder. Pues figúrate que nos batimos y que un pinchazo ó una onza de plomo me dan pasaporte para el otro mundo: ¿no pesaría sobre tu conciencia este homicidio?

—Vaya, vaya, se conoce que no tienes mucho que hacer. Quédate con Dios.

—¿A dónde vas?

—Al cuarto segundo, á ver un enfermo.

—Pues que no te pierdas por muchos días. Tengo contraído el compromiso de llevarte á casa de Adela.

—Bien, bien; adios.

—Adios, hombre feliz.

Los dos amigos salieron del bodegón, el uno para subir al cuarto segundo de la misma casa; el pintor para perderse en el laberinto de las calles de Madrid.

Mientras tanto, en el *restaurant* de los traperos se habia aumentado extraordinariamente la concurrencia.

Todas las mesas del patio se habían ido ocupando sucesivamente, y en todas ellas se hablaba con gran calor de una novedad ocurrida á los traperos.

Uno de éstos, conocido por el apodo de *Figurin*, acababa de llegar, y acercándose á uno de los grupos que formaban sus compañeros, preguntaba:

—¿Se puede saber á qué hemos venido?

—Yo no lo sé, contestó uno.

—Ni yo tampoco, respondió otro.

—Lo que antes era preciso saber, dijo un viejo á quien apellidaban *Moscon*, es por qué nos reunimos.

—¡Vaya una salida! repuso *Figurin*; yo vengo porque me han dado una cita.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo, respondieron todos.

—¿Y quién os ha dado esa cita? preguntó el tío *Moscon*.

—Por mi parte no lo sé, contestó *Figurin*; cuando volví á casa esta mañana encontré junto á la puerta de mi cuarto, escrito con carbon, un letrero que decia: «*Figurin*, á las cinco en punto en el bodegon de *María*.»

—Lo mismo me ha sucedido á mí, dijo uno.

—Yo encontré ese letrero en mi ventana, repuso otro.

Todos los traperos habían recibido el mismo aviso.

—Está bien, dijo el tío *Moscon*, á mí tambien me han dado esa cita; pero ¿quién nos la ha dado? Esto es lo que yo pregunto.

—Tío *Moscon*, no mosconée Vd. más: lo que Vd. pregunta no hay aquí quien lo sepa; pero las cinco están dando y pronto saldremos de dudas.

Un personaje desconocido para nosotros se presentó en aquel momento en el patio, sin que nadie fijara la atención en él, gracias al excesivo número de personas que llenaban este local.

—Vamos, vamos, insistió el tío *Moscon*, yo soy viejo y me gusta que las cosas se hagan con claridad, y eso de no saber quién nos ha reunido.....

—He sido yo, tío *Moscon*, dijo con voz clara y sonora el recién llegado.

Todos se volvieron hácia él, y de cuantos formaban el círculo del tío *Moscon* y *Figurin* partió una exclamacion de asombro y un nombre que todos repitieron.

—¡Ah, el Sabueso!.... ¡Es el Sabueso! y este nombre, como una chispa eléctrica, recorrió todos los ángulos del patio y fué repetido de boca en boca como una explicacion de la misteriosa cita que el gremio de traperos había recibido.

—Si, yo soy, dijo *Bernardo* cuando se calmó un poco la confusion, déme ustedes una silla, porque me faltan las fuerzas y no me puedo tener.

No hubo en el bodegon quien no ofreciese su asiento al Sabueso.

Este tomó el que tenia más cerca, se quitó el sombrero y con el dorso de la mano se limpió la frente, que la llevaba bañada de sudor.

El Sabueso era un hombre del pueblo que vestia el humilde traje de los que profesan el oficio que él ejer-

CABALLA ALEJANDRINA

cia, y cuyo trato rudo revelaba la falta de una buena educacion en sus primeros años.

Sin embargo, el Sabueso se distinguía de la generosidad de sus camaradas por cierta expresion de nobleza que animaba su semblante, expresion que se hacia mucho más viva en los momentos en que gozaba de completa tranquilidad.

Pero estos momentos eran contados.

Indudablemente, en la existencia del Sabueso habia un misterio profundo que él á nadie confiaba; misterio que sin cesar atormentaba su espíritu, que lo hacia réceloso, desconfiado, y que lentamente iba minando su vida.

Un observador hubiera dicho que Bernardo era víctima de un hondo remordimiento.

Si alguna persona conocia este misterio era la tia Morella.

Entre los demás traperos era absolutamente ignorado, y aun podria asegurar que no habia ni uno de ellos que sospechase siquiera las torturas que el Sabueso sufría en su oscura y miserable existencia.

Los traperos sabian de Bernardo tres cosas solamente: la primera, que cuando se trataba de hacer una buena obra, él era el primero á ofrecer cuanto tenia y cuanto valia; la segunda, que cuando se trataba de comer ó de beber entre camaradas, su bolsa era siempre la que pagaba el gasto ocasionado; y la tercera, que cuando habia algun atrevido que osaba apurar su paciencia, cosa difícil de conseguir, sus puños de hierro se encargaban de castigar al temerario que le ofendía.

Bueno, generoso y valiente, estas eran las tres condiciones que en alto grado poseia el Sabueso, y á las que debia el cariño, la consideracion y el respeto de sus camaradas.

—Sepamos qué te sucede, dijo Figurin cuando Bernardo se sentó, ¿por qué vienes tan cansado?

—Porque desde las once de la mañana, contestó el Sabueso, hasta ahora no he hecho más que correr y subir y bajar escaleras para citaros á todos en este sitio.

—¿Y qué motiva esta cita? Eso es lo que queremos saber, dijo el tio Moscon.

—La motiva una cosa que á todos nos interesa; la motiva esta carta que he recibido por el correo. Oigan ustedes.

En el patio del *restaurant* reinó un silencio profundo.

El Sabueso continuó:

—Esta mañana llegó el cartero á casa cuando ya habia salido mi madrina; pero como yo soy el encargado de leerle sus cartas, abrí ésta y me alegré, pues de lo contrario habriamos perdido mucho tiempo. La carta es de la señora de Franco.

—¿De la maestra de Margarita?

—Cabal.

—¿Y qué dice esa mujer? preguntó el tio Moscon.

—Dice.... yo diré en pocas palabras lo que dice.

Dice que mientras nuestra hija ha trabajado como una negra sin ganar ni un maravedí, porque estaba de aprendiz, no ha tenido inconveniente en que vaya a

su casa, donde esa pícara usurera ha exprimido y chupado todo el jugo de su trabajo; pero que hoy, aunque conoce que Margarita es una oficiala de primera, ella ni la necesita, ni la puede pagar el jornal que merece y que la tia Morella le ha reclamado.

El Sabueso guardó silencio, y paseó por todo el patio una mirada para ver el efecto que sus palabras producian.

Su auditorio se mantuvo completamente impasible.

—¿Y qué más dice? interrogó de nuevo el tio Moscon.

—No dice más, contestó el Sabueso secamente.

—De modo, repuso Figurin, que la maestra ha despedido á nuestra hija y la tenemos en la calle.

—No está en la calle, porque yo me he apresurado á buscarla colocacion.

—Bien, muy bien, Sabueso: ¿y cómo la has conseguido tan pronto? preguntó uno de los traperos.

—De un modo muy sencillo. Hace ya muchas noches vi en la puerta de una camisería de la calle del Carmen un rótulo, pintado sobre un lienzo blanco, que decia: *Se traspasa esta tienda*. Cuando esta mañana recibí la carta de la señora de Franco me acordé de aquel rótulo, y dije para mí: esta es una gran ocasion de establecer á Margarita, y ya que de aprendiza no la quieren, la tendrán de maestra y dueña de un buen establecimiento. Salí y fui á la calle del Carmen; la tienda no se habia traspasado: desde lejos divisé el rótulo que yo temia hubiese desaparecido. Llegué allá y pregunté por el dueño del establecimiento, á quien

dije que iba á tratar del traspaso de la camisería.

—¿Y qué te contestó?

—Me miró de arriba á abajo, se echó á reir y hasta creo que me tomó por un loco; pero yo le hice entrar en razon, y un cuarto de hora despues cerrábamos nuestro ajuste, conviniendo en que mañana se firmaria la escritura y yo le entregaria el dinero. Conque, ya lo saben Vds., pasado mañana nuestra hija tendrá una tienda suya y trabajará por su cuenta.

—Todo eso está muy bueno, dijo el tio Moscon; pero todavía no nos has dicho cuánto dinero debes entregar.

—A eso vamos. La cantidad es poca cosa, porque la tienda, aunque no es grande, es muy bonita, está nueva y tiene un surtido bastante regular; además el dueño ha anticipado tres meses de renta al casero....

—Bien, al grano, al grano, insistió el tio Moscon, ¿cuánto debes pagar?

—Casi nada, dijo el Sabueso sin atreverse todavía á soltar la terrible cifra.

—Casi nada, no es decir nada. ¿En cuánto has hecho el ajuste? preguntó con sú tenacidad abrumadora el tio Moscon.

—Pues el ajuste.... respondió Bernardo, midiendo una por una sus palabras, está hecho en veintidos mil reales.

Al oír los traperos hablar de esta cantidad, que para ellos era casi fabulosa, estalló en el patio del bodegon una sorda gritería que por largo tiempo hizo imposible toda inteligencia entre el Sabueso y su auditorio.

Bernardo, sin embargo, no desesperaba.

Habia previsto que se formaría aquella tormenta y la dejaba pasar con resignación.

Por fin, cuando cada uno de los traperos se fué calmando un poco, y en medio de aquella confusa algarrabía se pudo entender algo de lo mucho que se hablaba, distinguióse la voz del tío Moscon, que decía:

—¡Vaya, vaya, veintidos mil reales!... El dueño de la camisería te tomó por loco y tenía razón.

—¡Silencio! gritó el Sabueso con voz atronadora; así no nos podemos entender.

La calma se fué restableciendo poco á poco.

Bernardo comprendía que el tío Moscon era en aquel instante el más temible enemigo de su proyecto, y deseaba desarmarlo antes que su opinion extraviase la de los demás.

—Me está hablando el tío Moscon, prosiguió, y con tantas voces no sé lo que me dice.

El gesto, el ademan y la entonación que dió Bernardo á estas palabras dominaron por completo á los concurrentes.

Nadie volvió á chistar.

Satisfecho el Sabueso de su triunfo, se volvió hácia el tío Moscon, preguntándole:

—¿Qué era lo que Vd. decía?

—Yo, respondió el interpelado, digo que te han tomado por loco, y que tienen razón.

—¿Por qué?

—Segun cuentas, has ajustado un traspaso en veintidos mil reales....

—Exactamente.

—¿Y tienes tú ese dinero?

—Yo no.

—Entonces, ¿con qué vas á pagar?

—Con el dinero de Vd., con el de ese, con el de ese, con el mio y con el de todos los que se llaman padres de Margarita....

La tormenta, no bien calmada, estalló de nuevo; pero esta vez Bernardo se impuso más fácilmente.

Dió un fuerte puñetazo sobre la mesa que estaba más próxima, y gritó:

—¡A ver si no alborotamos! Los que se nieguen á contribuir á lo que estoy haciendo, son unos malos padres, y su presencia estorba en este sitio: aquí se necesitan hombres que tengan corazón.

Este apóstrofe produjo gran efecto en el auditorio.

Solo el tío Moscon no se dió por vencido, y preguntó:

—¿Por qué somos malos padres?... ¿Porque no tenemos dinero?

—El que ahora es preciso lo tenemos todos, respondió el Sabueso; lo que hace falta es voluntad para darlo, y si hay alguno que no lo dé, repito que es un mal padre. ¿Para qué adoptamos por hija á Margarita? ¿Para abandonarla ahora, que es una mujer y dejar que se pierda como tantas infelices? Pues para eso más valía haberla dejado ir al hospicio, que allí tal vez no la hubieran abandonado.

—¿Y quién habla de abandonarla? preguntó el tío Moscon.

CABALLA ALEFONSINA

—Vd. y todos los que se opongan á la compra de la tienda que yo he ajustado.

—Pues, hijo mio, insistió el tío Moscon, si tú me pruebas que yo cuento con dinero para lo que propones, estoy dispuesto á darlo en seguida.

—Pues lo probaré, afirmó el Sabueso con la mayor seguridad, y probaré que todos nosotros podemos establecer á Margarita como ella se merece y como estamos obligados á hacerlo, que para eso somos sus padres.

—Tú dirás.

—Cada uno de nosotros, continuó Bernardo, dá un cuarto todos los dias para el sostenimiento de nuestra hija, cantidad que hasta ahora se ha empleado en mantenerla y vestirla con decencia y en pagar los maestros que de noche han ido á darla leccion. . . . ¡Oh! no se ha perdido el tiempo ni el dinero, que Margarita está educada como si fuera hija de un marqués, gracias á todos nosotros y á la tía Morella que la ha cuidado mejor que si fuera su madre. Pues bien, ese cuarto diario que damos para nuestra hija, multiplicado por ciento cincuenta y cinco que somos los padres, arroja un total de . . .

El Sabueso se interrumpió para sacar de un bolsillo de su chaqueta un papel que desdobló y estendió sobre la mesa, haciéndolo aparecer á los ojos de los concurrentes lleno de guarismos.

—Aquí están hechas todas las cuentas.

Los traperos estrecharon el círculo que formaban alrededor de Bernardo.

En el patio reinaba un silencio profundísimo. El Sabueso prosiguió, señalando en el papel una de las operaciones que llevaba escritas.

—El cuarto diario que damos, multiplicado por los ciento cincuenta y cinco que somos nosotros, arroja la cantidad de ciento cincuenta y cinco cuartos, que son diez y ocho reales y ocho maravedises. Multiplicando esta cantidad por los trescientos sesenta y cinco dias que tiene el año, resultan seis mil seiscientos cincuenta y cinco reales y treinta maravedises. Si doblamos esta cantidad, sumará trece mil trescientos once reales y veintiseis maravedises. Vamos ahora á otra cuenta.

El Sabueso repasó con la vista el papel que tenia delante, y fijándose en una nueva operacion, continuó:

—El cuarto diario que da cada uno de nosotros, compone al año trescientos sesenta y cinco cuartos, ó sean cuarenta y dos reales y treinta y dos maravedises.

—Justamente, afirmó el tío Moscon; esa cuenta la tenia yo hecha.

—Bien, prosiguió el Sabueso; pues doblando esa cantidad, suma ochenta y cinco reales y treinta maravedises, que multiplicados por el número ciento cincuenta y cinco que nosotros componemos, dá el mismo total de trece mil trescientos once reales y veintiseis maravedises. ¿Están Vds. enterados de la cuenta?

—Si, si, gritaron de todas partes los traperos.

—Bien está, dijo el tío Moscon; pero eso no es bastante; explicate claro, que te se entiendan.

—Lo que me queda que decir es muy poco, repuso el Sabueso: de estas cuentas resulta, que si cada uno

de nosotros anticipa lo que en dos años debe dar á Margarita, ó sean ochenta y cinco reales y treinta maravedises, tendremos ya los trece mil trescientos once reales, que importan más de la mitad de lo que vale la tienda que he comprado á nuestra hija. Para cubrir lo que falta, la tía Morella, á quien acabo de hablar en la calle, me ha ofrecido dar ocho mil reales justos. En cuanto á mí, sobre lo que me corresponde por el cuarto diario que estoy obligado á pagar, pondré quinientos reales, que son todos mis ahorros; y juntas estas partidas suman ya veintiun mil ochocientos once reales y veintiseis maravedises. Como ven ustedes, la diferencia hasta cubrir los veintidos mil reales es un pequeño pico de ciento ochenta y ocho reales y ocho maravedises.

—No siga Vd., señor Bernardo, interrumpió María, la dueña del bodegon; yo doy ese pico, para que no falte nada.

Un atronador aplauso saludó á esta oferta.

—Gracias, hija mia, dijo conmovido el Sabueso tendiendo la mano á la propietaria del *restaurant*. Pues, señores, cantidad redonda; veintidos mil reales, añadió sacando un lápiz y anotando el donativo de María.

—Sí; veintidos mil reales, replicó el tío Moseon; veintidos mil reales que no los hay más que escritos en ese papel.

—¡Cómo! exclamó Bernardo encarándose con el viejo; ¿creé Vd. que haya entre nosotros quien se niegue á anticipar á su hija lo que ha de darle en el término de dos años?

—¡Toma! dijo el tío Moseon, se negará el que no los tenga.

—Ochenta y cinco reales los tienen todos los que están aquí.

Entonces sonó una voz, y tras ésta otras, que decían:

—Eso no es verdad; yo no los tengo.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ya lo oyes, dijo el tío Moseon con aire triunfante.

—Pues el que no los tenga, que los busque, repuso el Sabueso levantándose y esforzando la voz; que por contraer tan pequeña deuda en favor de una hija, no se arruinará.

—Como tú los tienes, insistió el tío Moseon, crees que todos podemos...

—Acabemos de una vez, dijo Bernardo, interrumpiendo al viejo y dirigiéndose á todos los traperos: ¿hay aquí alguno que se niegue á anticipar dos años de renta á nuestra hija? Si hay alguno, que diga «yo soy,» y veremos si merece estar entre los hombres honrados... ¿Hay alguno?...

—Ninguno, ninguno, gritaron todos los traperos.

—Pues bien, el que esté conforme en pagar desde ahora hasta las doce del día de mañana, que levante una mano.

—Yo levanto las dos, gritó Figurin.

—Y yo.

—Y yo.

CABALLA ALEFONSINA

—Y yo, repitieron todos, levantando las manos al aire.

—Pues estamos conformes, compañeros. El que venga á pagar, si no me encuentra aquí, que deje el dinero en poder de María, que ella me lo entregará, dijo el Sabueso.

—¡Bien por los ciento cincuenta y cinco padres! exclamó la tía Morella, presentándose en el patio.

—¡Viva la tía Morella! gritó Figurín.

—¡Viva! repitieron todos los traperos.

—¡Silencio, facciosos! dijo la tía Morella. ¿Por qué es esta algazara?

—Porque es Vd. muy buena madre, respondió uno de los traperos.

—Es decir, porque me presto á soltar los cuartos... Esos ocho mil reales que Bernardo habrá ofrecido en mi nombre, son mis economías de treinta años; pero se trata de nuestra Margarita y por ella daría yo hasta la existencia.

—¡Viva, viva la tía Morella! gritaron de nuevo los traperos, y á poco abandonaron el bodegon de María, resueltos todos á contribuir para la adquisicion de la tienda que el Sabueso habia comprado á Margarita.

El retrato y el original.

El retrato y el original.

El patio del bodegon quedó absolutamente desierto. La tía Morella y Bernardo se trasladaron á una de las habitaciones interiores, para continuar hablando del acontecimiento del día que acababa de espirar.

Los puestos del Rastro habian desaparecido como por encanto.

La Rivera de Curtidores, débilmente iluminada por algunos faroles del alumbrado público, estaba ahora tan silenciosa y triste, como bulliciosa y alegre se encuentra en las primeras horas de la mañana.

El Sabueso y la tía Morella conversaban solos, mientras María, en el despacho de su bodegon, se dedicaba al servicio de los pocos parroquianos que aquella noche la favorecian con su asistencia.

El Sabueso, despues de la escena que hemos presenciado, habia caído en un abatimiento profundo.